

BOFF Y EL CASTIGO DEL VATICANO

A lo largo del año fueron varias las situaciones de roce que se generaron en el seno de la Iglesia católica. En octubre finalizó la Conferencia Episcopal Latinoamericana en Santo Domingo, en la que surgieron algunas diferencias. Pero la noticia de aquella Iglesia que mayor alcance tuvo se centró en la llamada «teología de la liberación», tan arraigada en aquel continente. Su máximo inspirador, el brasileño Leonardo Boff, renunciaba al sacerdocio y a la orden franciscana ante la postura intransigente del Vaticano. **Antonio Comín**, miembro de la Fundación Alfonso Comín, relata los pormenores de aquella renuncia que sorprendió a unos y entristeció a otros.

«Hay momentos en la vida en que una persona, para ser fiel a sí misma, tiene que cambiar. Yo he cambiado, no de batalla, sino de trincheras. Dejo el ministerio presbiterial, pero no la Iglesia. Me alejo de la orden franciscana, pero no del sueño tierno y fraterno de san Francisco de Asís.» Con estas palabras, el teólogo de la liberación brasileño Leonardo Boff anunciaba, a finales de junio, su renuncia al sacerdocio. Era su respuesta a muchos años de enfrentamiento y persecución por parte de la jerarquía vaticana.

Desde su acceso al pontificado, el papa Juan Pablo II adoptó una posición doctrinal de tintes conservadores y una política intraeclesial de mano de hierro, la principal víctima de la cual sería la teología de la liberación latinoamericana. El pontificado de Karol Wojtyła marcaría una involución respecto a la línea de apertura al mundo laico y al pensamiento moderno iniciada por Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. La teología de la liberación, hija directa de la teología europea más avanzada —Karl Rahner, Jürgen Moltmann, Hermann de Metz—, buscaba un acercamiento de la Iglesia latinoamericana a la realidad social de su continente y a sus enormes desigualdades, reclamaba la praxis social liberadora como legítimo lugar desde donde elaborar la teología teórica y, sobre todo, exigía la «opción preferencial por los pobres» como eje de la misión evangelizadora de la Iglesia. Para esta teología, la salvación religiosa que prometía la fe cristiana encontraba sus mediaciones legítimas en las liberaciones personales y sociopolíticas históricas.

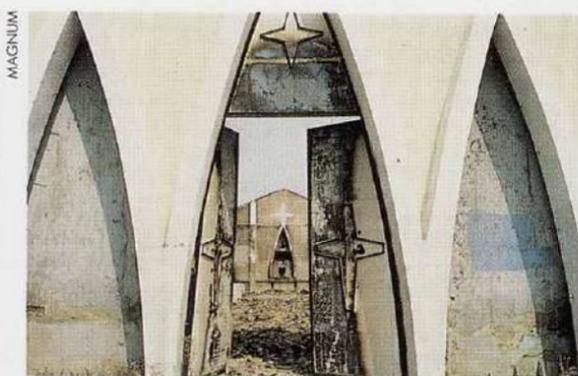
Paralelamente, este conflicto entre Roma y la teología de la liberación reflejaba el enfrentamiento entre los distintos sectores de la Iglesia latinoamericana y con su episcopado, que ya habían librado sus batallas en las conferencias de Medellín (1968) y Puebla (1979), donde la nueva teolo-

gía lograría su reconocimiento oficial. La acusación de que la teología de la liberación era marxismo encubierto no tardó en llegar; en tanto que el marxismo se consideraba ateo, la acusación se esgrimía como principal argumento de descrédito.

Boff, un hombre con unas brillantes dotes de comunicación y una potente capacidad intelectual, en tanto que el representante más audaz y carismático de la nueva corriente, se convertiría en el teólogo de la liberación más conocido por la opinión pública mundial y, sobre todo, en el más castigado por el Vaticano. A partir de 1971, cuando su actividad intelectual empezó a cobrar trascendencia pública, se iniciaron las primeras amonestaciones, que acabaron convirtiéndose en una larga serie de sanciones. Con su llegada a la prefectura, el cardenal Joseph Ratzinger se erigió en guardián de la ortodoxia católica, condujo el cerco a Boff y lo estrechó. Éste, en 1975, a propósito de uno de sus libros fundamentales, *Jesucristo libertador*, recibió la primera carta oficial. La censura se agudizó en 1984, a raíz de la publicación del libro *Iglesia, carisma y poder*, donde Boff ponía en cuestión el poder temporal de la Iglesia y su organización fuertemente jerarquizada, poco comunitaria y muy autoritaria. Boff compareció ante el Tribunal de la Santa Congregación para discutir el contenido de sus escritos, acusado de sostener errores graves en materia de fe. Meses después, el Vaticano emitió una sentencia negativa contra la obra, por «poner en peligro la sana doctrina de la fe», «mundanizar la jerarquía» y «aparecer como subversiva de la realidad religiosa». Puesto que, al principio, la condena no estuvo acompañada de medidas concretas, Boff siguió actuando y escribiendo, su predicamento fue aumentando, hasta que, en mayo de 1985, el Vaticano lo castigó a un año de «silencio voluntario»; se le impidió ejercer su actividad de escritor y conferenciante. Fue en este momento cuando el conflicto saltó a la opinión pública.

El cerco prosiguió. Boff fue alejado de la *Revista Eclesiástica Brasileña*, le fue impuesto un estatuto especial, ajeno a las normas del derecho canónico, que le obligaba a someter todo escrito suyo a una doble censura previa, una interna de la orden franciscana y otra del obispo, a quien

Junto a estas líneas. Iglesia de Aywatywa, en El Salvador, destruida por una bomba, como muestra de la presencia comprometida eclesial en las zonas más abandonadas.

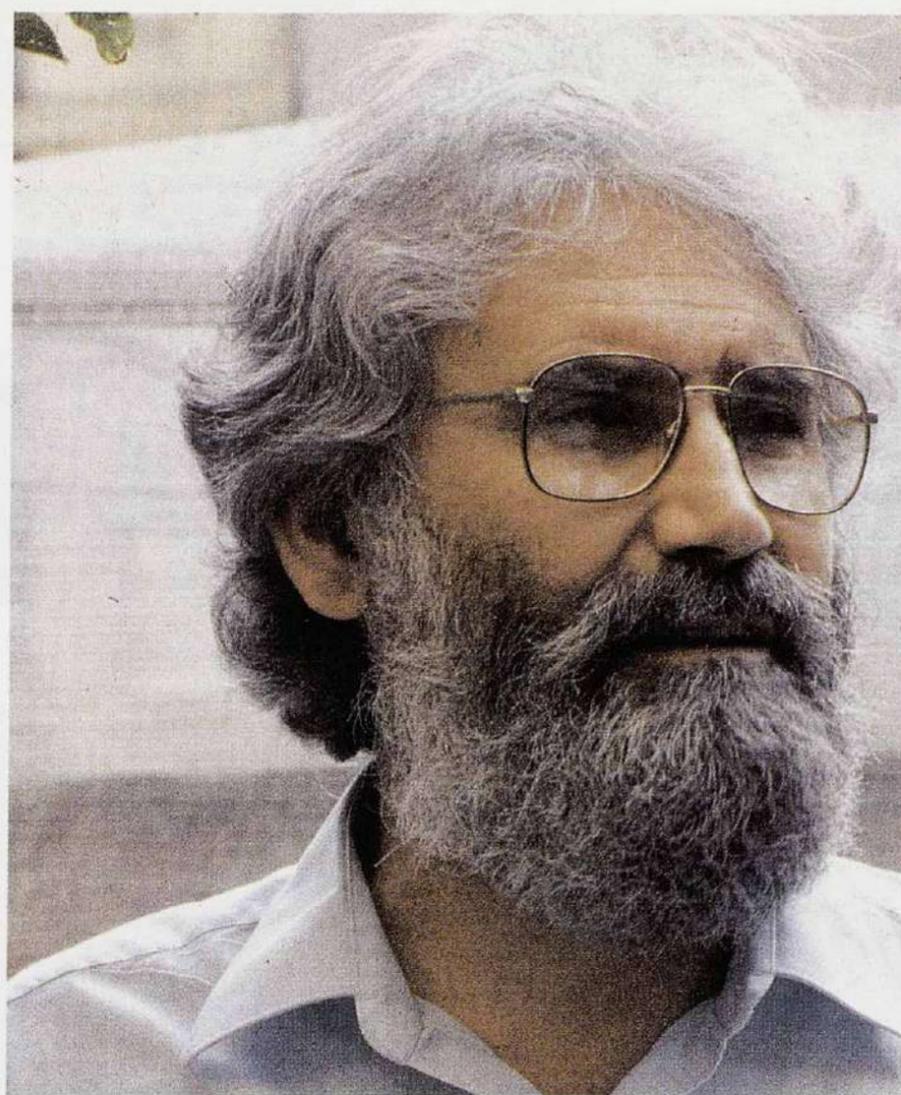


TRIBUNA

La liberación parte de las opresiones concretas, opresiones económicas, marginaciones sociales y políticas, alienación cultural, en definitiva, parte de ese infierno, de ese mundo de sufrimiento humano. Donde hay opresión es urgente la liberación. Es en América Latina, en África, donde está el dolor de los pueblos. Y es allí el lugar natural de esa teología, pero su misión no es quedarse en el Tercer Mundo sino ser una teología mundial.

(Leonardo Boff, en entrevista de Julio Flor, 5 de octubre de 1992)

➤ «Teología de la liberación», A 1984; «Viajes y virajes de la Iglesia posconciliar», A 1985; «Un papa en la sinagoga», A 1986. Biografías de Leonardo Boff, P 1985 y P 1992.



competía dar el *imprimatur*. Entre 1991 y 1992 fue destituido de la dirección de la revista *Vozes*, la más antigua revista cultural de Brasil, para «evitar un enfrentamiento con el Vaticano». Por dos veces, se le había apartado ya de su cátedra. Un nuevo enfrentamiento teórico sirvió de trasfondo a esta última etapa. Se trataba de la distinta visión de la «nueva evangelización» que el papa Juan Pablo II había propuesto para América Latina con motivo del quinto centenario del descubrimiento. Boff y los teólogos de la liberación reclamaban que la transmisión de la fe cristiana se realizara a partir del sustrato cultural propio, indio-americano, y no según el modelo «romano»; al fin y al cabo, la evangelización de Occidente, a principios de nuestra era, se desarrolló a partir de las propias categorías culturales, griegas y latinas. La Conferencia Episcopal Latinoamericana de Santo Domingo, celebrada en octubre de 1992, dominada por los sectores conservadores, sería el escenario de esta contienda, los sectores progresistas exigían que la nueva evangelización fuera la ocasión para pedir perdón a los indígenas por los cinco siglos de colonización y genocidio, y pedían una autocrítica para su Iglesia. Juan Pablo II, en su viaje con motivo de la Conferencia, tomaría una actitud ambivalente: perdón sin autocrítica, alabanza de la misión histórica de los evangelizadores y, sobre todo, endurecimiento del control doctrinal y pastoral.

Durante 1992, en los meses previos a la ruptura, el Vaticano empleó con Boff métodos casi dictatoriales: su equi-

po de colaboradores fue apartado de la editorial, parte de sus materiales le fueron retirados sin su consentimiento, cartas personales incluidas, y otra documentación fue vendida a una empresa de reciclaje de papel. Se le pidió que se alejara de la enseñanza de la teología, a causa de las discrepancias doctrinales con el cardenal Ratzinger. Parecía que Boff aceptaba apartarse un año de su cátedra del Instituto de Teología de Petrópolis y se proponía retirarse a escribir sobre religión y ciencias sociales. Pero se le exigía un abandono indefinido. En algún momento de tan largo desencuentro, incluso le habían presentado la posibilidad de mandarlo a Asia, a Corea del Sur o Filipinas, y permanecer allí cinco años en el silencio total. El 11 de junio, Boff se reunió con Hermann Schalück, general de los Hermanos Menores Franciscanos, amigo personal suyo, que hasta aquel momento siempre lo había apoyado, que le comunicó que ahora las presiones del Vaticano ya no ofrecían margen de negociación. Entonces, Boff abandonó. En su nueva situación, como un cristiano de base más, podría a partir de ahora desarrollar libremente su proyecto de «teología indio-afro-americana y ecuménica», sin censura alguna. «Las motivaciones que inspiraron mi vida continuarán inalterables —aclaraba Boff—: la lucha por el Reino que comenzaba desde los pobres, [...] la articulación del pensamiento más crítico con la realidad más inhumana y el empeño de cultivar la ternura hacia todo ser creado, a la luz del ejemplo de san Francisco de Asís» ●